

SONETO A EL TEMOR

Deja vivir, Temor, a mi esperanza
que apenas nace cuando apenas muere,
y si no ha de lograr, deja que espere,
ya que está el bien del mal en la tardanza.

No tengo en sus promesas confianza
mas le agradezco que adularme quiere,
no estorbes que me engañe si pudiere
fingiendo que en mi mal habrá mudanza.

Si esperar la esperanza me entretiene,
deja tan corto alivio a mi tormento
que por lisonxa el gusto lo previene.

No me niegues, Temor tan corto aliento,
ya sé que el concederte me conviene:
que es seguir la esperanza, asir el viento.

Catalina Clara RAMIREZ DE GUZMAN

«TENDENCIA y BUSQUEDA de la FELICIDAD HUMANA a TRAVÉS de la HISTORIA ECONÓMICA» (1)

I

Nos guía el mismo pensamiento inicial. El método es fecundo y orientador. Los hechos económicos tienen una misma base fisiológica y psicológica. Radicados en una necesidad fundamental, de igual base genérica, tienen y alcanzan un proceso evolutivo, igual también en sus alcances genéricos. Los hechos concretos externos variarán, e irán variando, sobre todo, en su matización periférica. La motivación interna continuará idéntica, inalterable en sus líneas fundamentales humanas.

No creo correcto afirmar que el hombre primitivo discurre o piensa con lógica menor que el moderno o el europeo actual. Los primitivos discurrían y pensaban con lógica distinta. Mentalmente, psicológicamente, no eran inferiores al hombre que llamamos civilizado de los siglos modernos.

Luchaba por la vida como nosotros. Tenía vitalmente las mismas preocupaciones que nosotros. Hay diferencias de medios técnicos. Los instrumentos a su alcance eran muy otros. El esfuerzo anímico, el esfuerzo intelectual era con frecuencia mayor que el nuestro.

Si hacemos precisión de la parte espiritual que anima a los seres humanos, nos dominará la consideración de los hechos económicos. No veremos otra cosa que movimientos económicos. Y eso, allá lejos en la prehistoria, en la protohistoria, y acá cerca y entre nosotros. La satisfacción de las necesidades les acuciaba a ellos, como nos arrastra a nosotros. Matices de tiempos. Variantes circunstanciales. Hombres con apetencias aquellos, como las sentimos nosotros. Aguijoneados ellos, reaccionaban psicológicamente al modo que son impulsadas nuestras actuaciones por los mismos estímulos.

Sin fundamento filosófico, aunque sí con percusión histórica tomada de la realidad ocasional, quisieron asentar dogmáticamente Carlos Marx y sus secuaces el Materialismo histórico: todo era razón económica de la vida; no había más que hechos y razones económicas. Concepción errónea y falsa. Generalizaron y absolutizaron

(1) Tomado del libro, próximo a aparecer, «Buscando la felicidad humana» de nuestro colaborador: D. Crescencio Rubio Sáenz. (Libro 1.º, 2.ª parte, título 5.º).

sin medida. Y es que hay un hecho real innegable en la vida humana, vista desde cualquier ángulo de la historia. El factor económico. Lo que yo entiendo por tendencia natural al bienestar. Realidad viva de aquellos tiempos como de los modernos y de los actuales. Solo que Marx tomó una parte por el todo. De ella hizo ley única del proceso humano.

Francisco Olgiati, especializado en el estudio de Carlos Marx y del Marxismo, hace un comentario sintético que juzgo oportuno traer aquí: «yo en cambio, no me escandalizo, ni simpatizo con estos últimos empeños, destinados a seguros fracasos; sino que me limito a explicar a Marx, mediante sus diversas *formae mentis* no unificadas». «La mentalidad del hombre de acción, como ya hemos advertido, le había indicado en la cuestión económica y social el nuevo y prevaleciente problema de su siglo: y la mentalidad del filósofo absolutizó un fenómeno histórico, como si hubiese sido el único problema fundamental no sólo de la época, sino de toda la historia, antes bien el único problema de la realidad, que viene concebida entonces como praxis, implicando la recíproca relación entre el sujeto y el ambiente inspirado primero por Hegel y después por Feuerbach. ha tomado el aspecto de una superación del uno y del otro y os da el híbrido connubio del idealismo y de la dialéctica con el fenomenal materialista. La mentalidad del historiador sintióse satisfecha en crear de nuevo todo el desenvolvimiento de las distintas épocas en función de tal filosofía, sin reparar, que al término del desarrollo de la historia, cuando la lucha de clases cesaba, la dialéctica—cara a la mentalidad histórica—no sólo se retiraba a un hospicio de mendicidad para los ancianos, sino que iba en derecha al cementerio y quedaba allí sepultada para siempre». «El filósofo—obligado, como todo pensador, a descubrir un principio supremo mediante su concepción de la realidad—había erigido a tesis absolutas un aspecto de la realidad misma. El historiador, preocupado como él debe necesariamente proceder de la génesis de los hechos, se ilusionó que el origen de estos últimos equivaldría a su valor. El hombre de acción—en sus mismos errores teóricos, en sus mismas ingenuidades proclamadas como leyes en nombre de la economía, en las mismas extravagancias del método profético—poseía un alma de combate y encontraba allí el secreto de éxitos inmediatos, al juntar la teoría de la fatalidad del curso histórico con la propaganda activa revolucionaria».

Olgiati reconoce que Carlos Marx ha revolucionado la historiografía moderna. Ha creado un nuevo canon de investigación e interpretación, diciéndolo con Sorel y con Croce. «Después de él, insiste el citado autor, es ridículo cultivar la historia, descuidando—o menospreciando—el momento histórico».

Cierto, muy cierto. El momento histórico en su coyuntura económica. El hombre, que es espiritual en parte, es también material afectado muy íntimamente por la situación y circunstancias económicas. Por eso dijimos antes que las reacciones anímicas del hombre han sido y serán siempre, fundamentalmente, las mismas. Lleva

innata, connatural, intrínseca una tendencia, la de su bienestar. Pero sin olvidar que ese bienestar es complejo en el que intervienen exigencias también por parte del espíritu.

Cada pueblo, cada época, cada ciclo cultural tiene sus características externas. El psicólogo capta una razón interna a lo largo de todos los pueblos y naciones, a lo largo de todas las épocas y a través de todas las llamadas civilizaciones. No es la concatenación de los hechos económicos la que causa las aparentes transformaciones culturales en la Historia. Son las matizaciones, las gradaciones espirituales del hombre más cultivado intelectualmente, más ascendido en grados anímicos de civilización, los que lo llevan a un refinamiento de instrumentación en las artes del trabajo y de la producción. La técnica progresa y se perfecciona empujada por el espíritu. Los progresos de la civilización y sus estadios evolutivos, tanto culturales como tecnológicos, son fruto del alma. Y ésta, inalterable en su ser íntimo, acomoda y adopta sus temporales y ocasionales manifestaciones sociales a los medios externos propios de cada época, pueblo y circunstancia.

¿Quién se atreverá a negar la parte de verdad que hay en la frase de que la existencia del hombre es una lucha por la vida? Verdad que alcanza a los Estados y grupos nacionales. En ellos tiene también perfecta aplicación. Es una exageración ver al hombre echado en medio de la naturaleza, y enfrentado con ella cual enemigo. Pero no es menos cierto que durante épocas inacabables ha pugnado el hombre con la naturaleza para asegurarse el propio sustento.

* * *

Adam Smith es el primero que nos remonta, por la historia económica, a la consideración del hombre primitivo. En sus consideraciones y razonamientos nos hace descender hasta los modernos, pero sacando una conclusión: nos movemos por egoísmo; en la sociedad civilizada dependemos cada cual de tantas otras distintas personas, que se hace preciso dirigirnos, no a la amistad precisamente, sino al egoísmo de cada uno.

También Ricardo arranca de la economía de cambio y la concepción como dada por la Naturaleza. Autores, como Bucher, califica la economía de los primitivos de «busca individual del sustento».

No podrá presentarse, ello es cierto, ni un pueblo siquiera, ni un grupo étnico, que sea una excepción del hecho tan primordial de la lucha por el sustento y por el aseguramiento de las condiciones del «Buén vivir». Además, para nosotros los creyentes, es una verdad afirmada y aceptada: «comerás el pan con el sudor de tu frente». Verdad contrastada con la historia económica de los pueblos.

Los descubrimientos prehistóricos son ricos en enseñanzas. La mayor parte de los útiles de madera, empleados por aquellas generaciones, han desaparecido. No obstante ha llegado hasta nosotros gran cantidad de herramientas, que primero fueron de piedra, y luego de bronce y de hierro. Todas ellas nos hacen entrever la lucha que hubieron de sostener para lograr el necesario sustento.

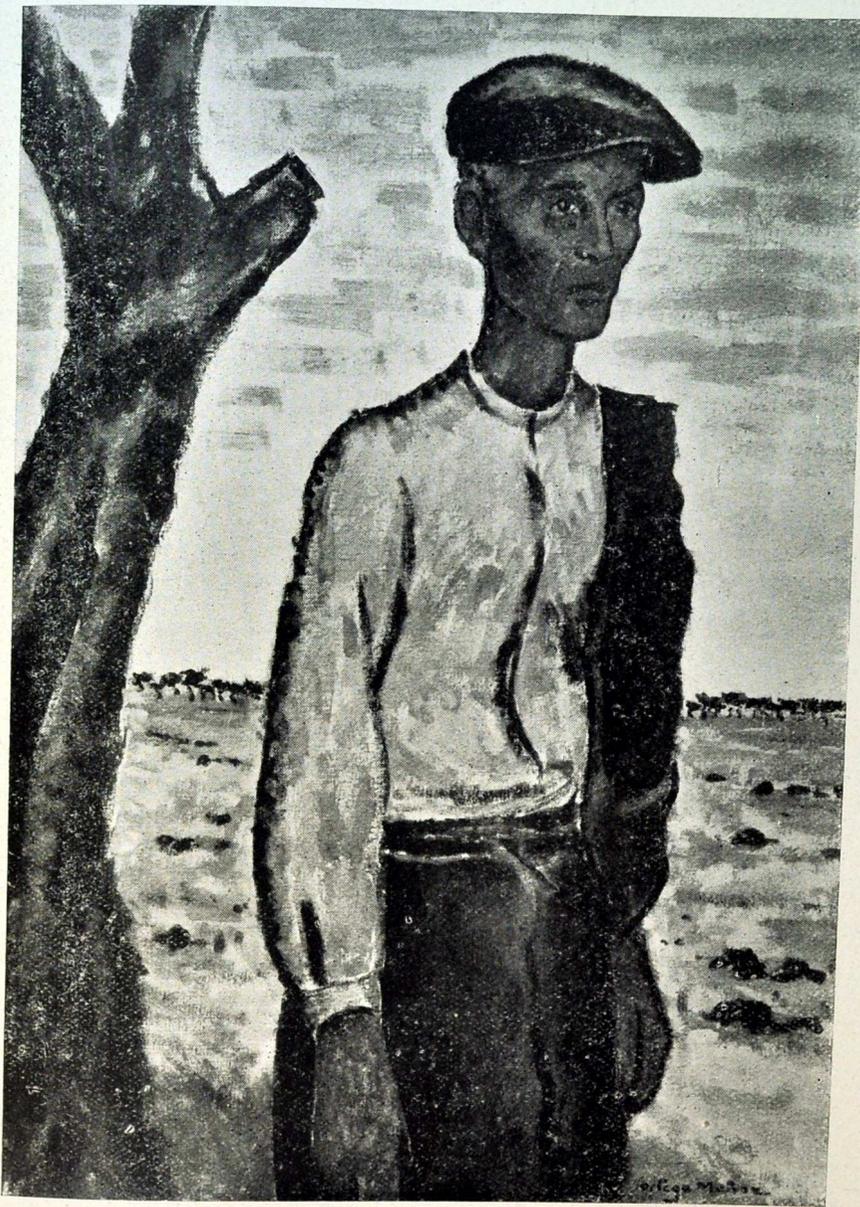
Y repito insistiendo. No eran de alma salvaje, por ser primitivos, los pueblos prehistóricos. Hay indicios muy sobrados del refinamiento de sus almas. Ciertos pormenores artísticos de los utensilios encontrados, muchas de las pinturas rupestres traslucen fina observación psicológica, denotan gran sensibilidad artística, que suponen cultivo espiritual o del intelecto. Es más, de esos indicios se colige forzosamente cierta organización colectiva. Ello implica un mínimo de convivencia social, y por ende la debida societaria y de vínculos autoritarios.

La falta de medios expeditivos hacia la vida difícil. Y difícil resultaba, y costosa, la lucha contra la exuberancia salvaje de la naturaleza. El hombre se encontraba achicado. Y como era naturalmente religioso y estaba siempre pendiente de fuerzas superiores, su relación a la divinidad era constante. Vemos pues al hombre primitivo esencialmente adherido a la religión. La degradación moral posterior le llevó fácilmente a la magia y a la subordinación a los poderes místicos. Por eso, muchos autores, la vida de los primitivos la resuelven en el mundo mágico de los mismos.

Todavía con fuerte impregnación de espíritu religioso nos encontramos la economía de las altas civilizaciones de la antigüedad. Las llanuras mesopotámicas, cuya representación más genuina es la gran Babilonia. El valle del fecundante Nilo, con sus famosísimos imperios faraónicos. Los fértiles campos del Indo y del Hoangho con los milenarios imperios de la India y de la China. Y en la parte Oceánica, en las altiplanicies de México y Perú, también los señores imperiales de los aztecas y los incas.

Son tierras de fácil abundancia. Más asequibles al bienestar material en cuanto se refiere a la seguridad del alimento. Hay una preocupación colectiva, intervenida y dirigida por los altos mandos, que están como injertados en la Divinidad. Quizás se deba, psicológicamente, a la falta intrínseca de seguridad personal. La individualidad es de por sí, y para sí, insuficiente y propende, además, con malsano egoísmo a la anarquía. La tendencia interna religiosa los auna en las manifestaciones del culto colectivo, y los jerarquiza. La superior autoridad Divina encarna en la jefatura del pueblo a quien dirige y gobierna asegurándole la felicidad terrena, la cual al mismo tiempo es símbolo y prenda de la de ultratumba.

Quizás, y seguramente, sea el pueblo egipcio un ejemplo de los más dignos de estudio. Hay una aspiración vehementísima a vivir. A «Bien vivir» con deseos de extratemporalidad, con asias de eternidad. Toda su vida lleva el sello profundo de religiosidad. El Faraón es el señor. La historia de Egipto nos da la impresión de un amplio y continuado señorío. El pueblo es el servidor. Templos y pirámides, lo llenan todo. Una vida que se quiere segura, pero con vistas a la *super* o sobrevivencia corporal. Por ello la búsqueda de incorruptibilidad que consiga su permanencia ilimitada. Los egipcios tenían positiva adhesión al ejercicio de la guerra. Pero la necesidad de seguridad política los obligó y precisó a la organización imperialista. Como la lucha contra las crecidas periódicas del río los



NUESTROS ARTISTAS: Campesino extremeño, por Ortega Muñoz. (Foto Pando)

hizo geómetras y astrónomos y magníficos agricultores. Algunas de estas características, y por motivos similares, hubieron de darse entre babilonios y asirios.

Es decir, que predomina una idea finalística de la vida. El individuo casi llega a desaparecer, a lo menos en la línea de lo colectivo. Prevalece la economía dirigida. Cuando avisado por la interpretación de los sueños, dada por José, el Faraón advierte el peligro de escasez en Egipto, se toman las medidas más apremiantes. El mismo José, investido de poderes discrecionales, recoge y maneja todos los resortes del mando y de la dirección del pueblo. La nación entera queda convertida en abastecedora de los almacenes comunes. En los días de la penuria general, el Estado faraónico será el distribuidor del alimento necesario. La jerarquización egipcia era completa.

Quizás podamos decir que los egipcios, eran a su manera, un pueblo feliz. Pueblo abundante por la fertilidad de las riberas del Nilo, pero con la mirada puesta en el misterio de ultratumba. Los israelitas llamaban a Egipto *casa de servidumbre* «Se concibe, como dice Sieveking, que los nómadas errantes por las cercanías mirasen como terrible coacción el quedar engarzados en aquella economía».

Llamo la atención de los hombres reflexivos sobre el caso especial del pueblo de Israel. Pueblo netamente oriental, mantiene características especiales debido a su posición religiosa. Obsérvese su historia interna, sus procesos humanos, su acontecer económico, sus relaciones políticas con otros pueblos orientales. Es, repito, pueblo netamente de su tiempo y típicamente oriental. Sus reacciones psicológicas corren parejas, fundamentalmente, a las de los otros pueblos. Sus objetivos humanos de bienestar y prosperidad material no difieren, en lo esencial, a los comunes de todo pueblo o nación.

Pero no es igual. El hombre, en Israel, tiene, o empieza a tener, más personalidad, mucha más personalidad que en ningún otro pueblo, o grupo nacional. El hombre israelita es más hombre *humanamente*, con personalidad propia definida, que el hombre egipcio; más que el babilónico, y más que, luego, el peruano de los incas. El israelita es más autónomo en sus responsabilidades personales. No está ligado a la magia. Tiene relaciones directas con Dios. El gobierno del pueblo no es tan despótico, pues considera a los hombres como hijos de Dios.

El pueblo israelita junta admirablemente la orientación económica y la religiosa, pues se refieren al mismo sujeto, pero en relación subordinada de valores. Busca la independencia del pueblo, pero siempre para el mejor logro de su vida religiosa. Y quiere el bienestar no sólo en un plano de colectividad, sino para cada individuo. La esclavitud no encaja en la mentalidad del pueblo escogido de Dios. Las grandes desigualdades económicas, tampoco. El Año Jubilar quedó, a lo menos, consignado en los Libros Sagrados. Cada cincuenta años había de ponerse en libertad a los compatriotas que estuviesen en esclavitud. Así resultaba propuesta la normal reorde-

nación adecuada que corrijiere en materia de propiedad las excesivas diferencias.

El pueblo Israelita se nos muestra, en verdad, como el pueblo sociólogo de la Antigüedad. Se quebrantaron las prácticas de la magia y los oráculos, y el sacerdote se limitó a inculcar enérgicamente mandamientos humanos. El hombre particular no reaccionaba por resortes manejados por los de arriba, se hallaba colocado, él mismo, frente a sus problemas.

Moisés es el conductor, jefe y caudillo más original de la Historia. Es propiamente eso, conductor, pero en todos los órdenes. Guía a un pueblo entero a través de los desiertos. Van caminando hacia su bienandanza. El ansia de todos los humanos. Huyen de la escasez y dura esclavitud. Marchan a su liberación completa: política, económica, social y religiosa. Moisés no es un Faraón, ni un rey asirio, ni un déspota oriental, ni un emperador azteca o incásico. Moisés, es, más que todo, un orientador y un señalador del camino humano, que, como hombres, deben seguir los israelitas. El les señala la vía eterna de la felicidad completa. Quiere para ellos el «Bien vivir». Pero los dirige a Dios.

CRESCENCIO RUBIO SAEZ



IDEARIO EXTREMEÑO

Lo primero y principal es la pureza del corazón, que sin ella no somos hábiles ni estamos dispuestos para recibir las influencias de la divina gracia, mediante la cual se establece nuestra ánima en Dios y se obra en nosotros la perfecta abnegación y mortificación de las pasiones y afectos de humanidad.

FRAY JUAN DE LOS ANGELES

Ausencia familiar

Como un muñón me duele vuestra ausencia
que no sé dónde aprieta su reclamo
y aquí os tengo seguros cuando os llamo
sin saber dónde estáis. Vuestra presencia

como el aire me tiene alimentado
(como el aire seguro y no medido
como el aire tan dentro y no mordido
como el aire tan fuera y no olvidado).

Qué agridulce dolor el que me hiere
de teneros conmigo y a distancia
en la entraña, en la piel y en el desvelo.

Ahora sabe mi amor cómo os requiere
y cómo así vertido en vuestra instancia
sois mi puro dolor y mi consuelo.

SANTOS SANCHEZ MARIN

Tres santos

Santo Tomás es la humana
razón
angelizada: Silogismo y teorema
de la religión.

San Agustín es el inmenso poema
de la doctrina cristiana.

Santa Teresa, castellana,
es el fluir
de una vida que se muere por no acabar de morir.

FERNANDO BRAVO